

EL-DILUVIO 10 CENT



BRUNET

BELEN NACIONAL

«En el portal de Belen»...
se vive la mar de bien.

y apagar la Garraca.

se puso la casaca:

EL TERRIBLE PUIG

El mes de Diciembre de 1905 será de funesta memoria para los amigos y deudos del acreditado conspirador señor Puig.

¡Qué de zozobras! ¡Cuántas emociones!...

Desde que al Gobierno le plugo suspender las garantías constitucionales, en el hogar antes tranquilo de la familia Puig todo son recelos y sobresaltos. No se come una sola vez con tranquilidad, ni se reza el rosario...

Cuando suena el timbre de la puerta palpitan con inquietud los corazones, la doméstica palidece al franquear el paso a los visitantes y la señora de Puig contiene la respiración con anhelo.

—Preguntan por el señor dos caballeros —anuncia la fámula, medrosa...

Dos, dos caballeros —contesta la esposa del conspirador. ¿Y qué trazas tienen?

—¿Serán guardias civiles? —pregunta el vástago primogénito...

—¡Han dicho que son de la «Lliga»!

No debes fiarte de lo que digan; pueden ser agentes de policía que se valen de una estratagema —insiste la señora.

Se produce una confusión indescriptible y la esposa, después de nuevas vacilaciones, se levanta

de la silla que ocupa y, sacando una llave del bolsillo de la bata, abre una alacena del comedor.

De la oscuridad del armario surge una figura, y la faz pálida del señor Puig, afeitada como la de un cómico, asoma por un estante.

—Pepe, ¿cómo te encuentras? le pregunta la esposa.

Mal, muy mal; ¡ay! todos los huesos me duelen; joste armario es tan pequeño!... Además debe de haber arañas y cucarachas, pues noto que se pasean por mis manos y cara algunos bichos

—¡Pobre Pepe! La muchacha dice que allí fuera están dos sujetos sospechosos que preguntan por ti —dice la esposa enjugando una lágrima

—Pues vuelve a cerrar y que pasen; ¡Dios mío! —contesta con tembloroso acento el señor Puig, acomodándose nuevamente en el estante, hecho un ovillo.

Los visitantes resultan, en efecto, dos socios de la «Lliga», uno de ellos un cura disfrazado, quienes, en vez de calmar, aumentan los recelos del señor Puig y de su familia...

—Usted no está seguro en Barcelona —le dicen —; Pol se ha escapado a Francia, disfrazado de hermano marista; Cambó está escondido en unas

cuevas de Besalú; Prat de la Riba hace cinco noches que no duerme en su casa, y Casellas, con un traje de contrabandista que le prestó Nel-ló, ha debido llegar a Andorra. Además, hemos hecho una suscripción para que los de *La Trilla* y el ¡*Cu-cut!* puedan marcharse a Perpiñan

—¡Qué persecución más encarnizada! —dice Puig con acento débil desde lo alto de la alacena.

—Ni la de los cristianos en tiempos de Neron —añade su esposa, gimiendo.

—Pero, ¿han prendido a alguno? —pregunta con inquietud Puig.

—Que sepamos a nadie; pero es de suponer que pronto comiencen las prisiones en masa

—¡Ay! exclama á coro la familia atribulada.

Los alarmistas se retiran después de ofrecerse, y la familia se reúne en consejo alrededor del armario donde voluntariamente se halla recluso su jefe.

—Las circunstancias son muy críticas —dice después de alguna deliberación Puig —descendiendo del armario.

—Sí —añade su esposa —, porque si empiezan las prisiones en masa de que hablaba mosen Benet, tú serás de los primeros en caer.

—Claro; como que á papá lo consideran como un cabeza de masa... —agrega el hijo del insigne perseguido.

—Tengamos serenidad —dice Puig, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo—. Y vamos á obrar...

—Falta nos hace —dice la esposa.

—Ante todo hagamos desaparecer todos los documentos que pudieran comprometerme...

—¿Qué documentos?

—Mujer, la colección de *La Veu*, los borradores de mis discursos del Ayuntamiento, las insignias de las sociedades catalanistas y algunas cartas de Pol que guardo en el



—Y eso del estampillado ¿le afecta á usted, Juanito?

—¿A mí?

—Como usted reunía también estampillas de esas de las cajas de mistos...



cajon de la derecha del escritorio. Hay que quemarlo todo.

La esposa cumple el mandato de Puig; pero al revolver los papeles aparta uno diciendo:

—Aquí hay una carta de Pol pidiéndote dinero. ¿Qué hago?

—¡Quémala también!

—Es que podría servirte de recibo...

—¡Quémala! ¡Quémala! Serían capaces de creer que ese dinero había servido para fines revolucionarios... ¡Haz desaparecer también las armas! —añade Puig

¿Qué armas?

—El bastón de estoque y la escopeta; que se lo lleve todo la criada y lo tire en el primer solar que encuentre.

Terminadas estas operaciones, Puig, ayudado febrilmente por su esposa, procedió á disfrazarse de mujer. Con una peluca y un velo en la cara completó su *toilette*.

—Parece que toda la vida hayas llevado faldas le dijo la familia al verle completamente transformado.

El fatídico timbre de la puerta resonó de nuevo con fuerza y la criada compareció al poco rato diciendo temblorosa:

—Un alguacil ha dejado esta citacion...

Los Puig palidecieron.

—Pepe, no te asustes! dijo la esposa.

—Tengamos serenidad contestó el conspirador, y, leyendo la papeleta, murmuró:

— Me citan para mañana ante el Juzgado en causa por injurias graves. No caeré en el lazo. ¡No!

Abrazó á los suyos, diciendo emocionado:

—Voy á comer el pan negro de la emigracion. Escribidme á Perpiñan, *Grand Hôtel*, y abandonó precipitadamente la casa, dirigiéndose á la estacion.

Por el camino tuvo Puig que aguantar pacientemente las proposiciones soeces de tres ó cuatro transeuntes, á quienes engañaron los andares desvuelto y los femeniles atavíos del conspirador.

Tres días despues el emigrado recibía en Francia una carta de su esposa en la que, entre otras cosas, le decía:

«Puedes regresar tranquilo. Hice que hablaran al gobernador y ha dicho que nunca pensaron en prenderte, porque saben que eres hombre pacífico.

Respecto á la citacion que tanto nos alarmó, se trata de un amigo tuyo de la *Lliga*, que te hizo citar como testigo de descargo en una causa que le siguen por haber insultado á una echadora de cartas que le estafó cinco duros.»

Y Puig ha regresado de Francia, rotó el hermoso encanto de su soñada persecucion.

TRIBOULET.

EL PASEO DE GRACIA

Me hace reir mucho, me hace mucha gracia dar algunas vueltas entre doce y una de cualquier mañana por el espacioso, por el deslumbrante paseo de *Gracia*.

¿No habeis ido nunca? Y, si es que habeis ido, ¿no habeis hecho objeto de vuestras miradas á aquellas doncellas medio ruborosas que, erguidas y esbeltas, pasean sus ansias mostrándose altivas, pero deseando que llegue el momento de ser respetadas como respetables señoras mayores que tienen esposo, chiquillos y ama?

¿No habeis reparado en aquellas madres que indiscretas miran si alguno se pára y siguen ansiosas con escrutadora, terrible mirada á aquel que en la *noya* se fija un momento, por ver si la sigue, por ver si la ama?

Y en los amorosos y dulces Romeos ¿nunca habeis querido fijar las miradas?

Pues bien lo merecen; que son tipos todos que llegan al alma, con aquellos pelos pegados con goma á un cráneo vacío, la frente muy alta, cuellos kilométricos, andar femenino, lucientes sortijas, manos enguantadas.

y bouquet oloroso prendido con mimo en la americana.

Fijaos bien en ellos,
vedles bien las caras.
Son todas distintas.
Unas alargadas;
otras muy redondas, con la luna llena
tienen semejanza.
Unas con bigote,
otras afeitadas;
aquellas morenas,
estas otras albas;
pero todas ellas
bonitas, cuidadas
y con más afeites y con más menurjes
que la le coqueta, pretericiosa dama.
¡Y cuántas, hijaos,
de expresion imbécil, de necia mirada!
En ellas abundan sonrisas miedosas;
mas nunca se ríen con la risa franca
de los que algo piensan, de los que algo dicen,

de los que algo sienten, de los que á algo alcanzan.
Siguen paseando,
y si una mirada
fijan en la niña medio ruborosa
que erguida y esbelta pasea sus ansias
mostrándose altiva, pero deseando
que llegue el momento de ser respetada
como respetable
señora casada,
la madre indiscreta dirige hacia el pollo
una escrutadora, terrible mirada.
Y unos y otros siguen por aquel paseo
luciendo sus galas
y desempeñando admirablemente
su papel grotesco. ¡Siga la farándula!
Me hace reír mucho,
me hace mucha gracia
dar algunas vueltas entre doce y una
de cualquier mañana
por el espacioso, por el deslumbrante
paseo de Gracia.

M. JIMENEZ MOYA.

JESÚS EN LAS RAMBLAS

CUENTO DE NAVIDAD

I.

Mi amigo Pepe Cañizares se casaba el 1.º de Enero de 1906, y quiso hacer una solemne despedida á su

vida de soltero dándonos una cena digna de Lúculo en la *Maison Dorée*. Su futura no era un prodigio de hermosura; pero su suegro poseía cinco casas de préstamos en Barcelona, que eran una mina, y como no tenía más que aquella hija, Cañizares apencó con ella, dejando como rastro de sus calaveradas una modistilla desolada y un bebé de dos años, á los cuales, según aseguró él muy serio, había enviado para su consuelo cuarenta duros y una caja de mazapan.

Comimos mucho y bebimos más. Eran las dos de la madrugada cuando el frío glacial de la calle azotó nuestros rostros congestionados. En la plaza de Cataluña cada uno tiró por su lado, á disgusto de Cañizares, que se empeñaba en llevarnos á *Las Filipinas*, de la calle de San Pablo, á comer pájaros fritos.

Con la cabeza pesada, el paso tardo y los ojos adormilados, me interné en la calle de la Canuda en busca del tibio lecho, cuando al pasar junto al muro del convento de las Teresas un chicuelo desarrapado se me pone delante y, con un timbre suavísimo de voz que jamás escuché de boca humana, me dijo:

—¡Una limosna, señorito!

Me fijé en él. Llevaba un traje azul lleno de remiendos, un pingajo de toquilla negra al cuello y bajo su mugrienta gorra asomaban unos cabellos rizados, rubios como el oro. Su mirada limpia, serena, caía sobre mí fija, tenaz, causándome una turbación inexplicable. Por decir algo le pregunté:

—¿Eres catalán ó castellano?

—Soy de todas partes.

—¿Eres huérfano?

—Mi padre impera sobre el mundo.

—¡Bah!—pensé—este chico está loco; toma.

Y le alargué 10 céntimos. Mas en el mismo instante los harapos del golfillo se fundieron entre luminosas fosforescencias y apareció cubierto con una túnica blanquísima, con un nimbo de luz intensa en torno de su cabeza, lo mismo que lo retrató el pincel de Rubens, y mirándome con suave sonrisa exclamó:

—¿No me habías conocido?

Sí, era Jesús, Jesús niño, el que yo había visto tantas veces en pinturas, estatuas y altares. ¿Por qué habría venido á la tierra? No acertaba á pronunciar palabra; mi vista se oscurecía.

—Vamos á la Rambla...—dijo.

—¿Con esa túnica y esos esplendores?

--No temas; nadie me verá más que tú.



D. FRANCISCO AURIGEMMA

conocido industrial, fallecido recientemente en Barcelona.

¡La gordal



—¡Señores, que me van ustedes á hacer caer!
—¡Eso quisieramos..!

II.

La larga fila de puestos de baratijas y golosinas para celebrar la Navidad fué lo primero que vimos.
—No direis, señor, que los hombres os olvidan. Ved cómo se preparan á festejar vuestro nacimiento...

—¿El mío? No lo creas; es un pretexto para comer y beber hasta reventar. De mí nadie se acuerda. Ahí, en las iglesias, curas ahitos por la gula me presentan aterido de frío en el portal de Belen, y al oírles hay algunas viejas que se enternecen porque eso no les cuesta dinero. ¿Por qué al llegar Navidad los cristianos no recogen, visten y alimentan, en recuerdo de Jesús niño, á todos esos desgraciados chiquillos vagabundos, pasto de la anemia y la tuberculosis, como aquel que dormita en las puertas de El Siglo? Porque toda la religion cristiana se ha convertido en un inundo tráfico y de ella solo toman mi cruz y mi nombre para que tape las inmundicias de los miserables que con ella comercian. Estoy en las Ramblas desde las doce; he visto agolparse multitud de carruajes á la puerta de eso que llamais Liceo, entrar en ellos mujeres engalanadas, de alma seca y rostros pintados, petimetres odiosos repletos de vanidad y exentos de virilidad, hombres que pasan por serios y sesudos y tienen una sentina por corazon, y contemplando su lujo, sus joyas y vestidos un monton de desheredados mecidos por la rabia y la envidia, con el hambre en los estómagos y el frío en el cuerpo... Y toda esa gente es cristiana, y rie,

come y se cubre de sedas, pasando erguida y orgullosa al lado del mendigo... Despues he visto las tabernas rebosando de trasnochadores viciosos, de padres sin entrañas, de esposos sin ternura, que escatiman á sus hijos y á sus esposas el pedazo de pan, y luego compraban flores y convidaban á cenar á esa legion de prostitutas que por ahí pululan... Niños acurrucados en las puertas con los periódicos bajo el brazo y á quienes el sueño y la fatiga ahogó en la boca el pregon... Obreros sin trabajo obligados á andar sin detenerse para no caer en las garras de la policia cruel... y luego he visto borrachos, jugadores, estafadores, prostitutas subir y bajar en vaiven incesante... una oleada de fango batiendo los muros de ese palacio del marqués santo, y todo esto en Barcelona, la ciudad católica y clerical por excelencia, rebosante de clérigos, frailes y monjas, pero donde la caridad no se conoce, la virtud ha huído y la hipocresia impera...

III.

—¡Señorito! ¡Despiértese! Tenemos que barrer... Me incorporé, me restregué los ojos. Estaba tendido sobre un divan de la *Maison Dorée*.
—¿Y Jesús?—pregunté.
—Querrá usted decir Pepe Cañizares; se marchó á las dos y dijo que le dejáramos á usted dormir.
Y guiñando un ojo al compañero, añadió por lo bajo:
—Todavía le dura...

FRAY GERUNDIO.

¡JUEGO!

No se asuste el señor duque, pues con lo dicho no quiero denunciar ningun garito ó Círculo de recreo donde se le tire á Jorge de la oreja con exceso.
Yo, en asuntos de esta clase

nunca en la vida me meto, pues para evitar sospechas ni combato ni defiendo.
Que jueguen los jugadores, que cobren los barateros ó que no cobre ninguno ni se juegue á ningun juego

á mí no me importa un rábano, ni un comino, ni un pimientito; ni quito ni pongo... al rey ni á la sota cinco céntimos.
Aludo sencillamente al descomunal sorteo que se estará celebrando

cuando salgan estos versos;
y como es un juego lícito
el juego á que me refiero,
por eso sencillamente
es por lo que grito: ¡Juego!

Si, señor duque: he jugado
mucho más de lo que tengo,
y para que se convenza
de que en nada le exagero
le diré todas las partici-
paciones que llevo.

En la Redacción *dos duros*
con los demás compañeros,
que no es que yo me los juegue,
sino que "me los han puesto,"
para el día 31
desquitármelos del sueldo.

Un duro con la estanquera
donde proveerme suelo
diariamente de un humilde
cigarro de 20 céntimos,
y como ella me lo escoge
con agrado y con esmero,
no era cosa de negarse
á llevar parte en su décimo.

Dos modestísimas pelus
con el joven camarero
que me sirve diariamente
café y gotas... de veneno.

Dos realitos que me ha dado
una corista del Nuevo
á quien creo que protege
un señor bastante obeso
y me ha dicho en confianza
y con el mayor secreto
que ya que le toque el gordo,
si es que le toca en efecto,
quiere ella que sea conmigo,
cosa que yo le agradezco.

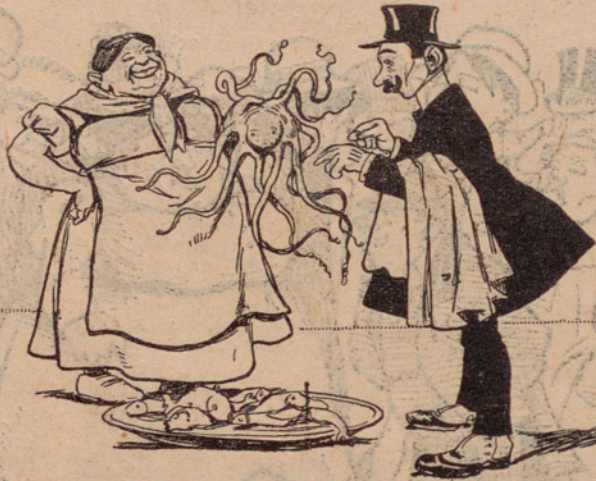
Un duro en la barbería,
pues no tuve más remedio,
porque al contemplar delante
con la navaja al maestro,
me pareció lo prudente
acceder á su deseo.

Mi señora, por su parte,
ha jugado todo esto:
Dos reales en la tahona,
un duro con el tendero,
oíro con la planchadora
y en casi todos los puestos
del mercado una fracción
de setenta y cinco céntimos.

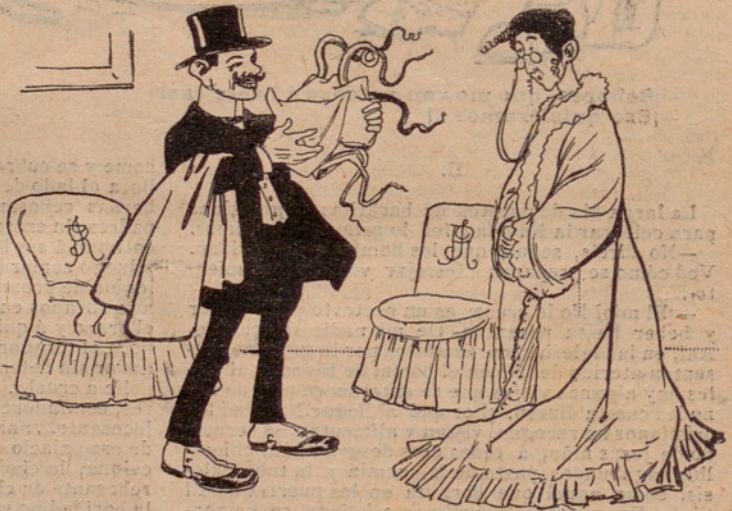
De Madrid me han encargado
que comprase cinco décimos;
he cumplido el compromiso
y al enviarme el dinero
todós los interesados
me envían *un duro* menos,
como haciéndome una gracia...

que en verdad no me la ha hecho.
Saqué V. ahora la cuenta
de lo que invertido llevo,
que es apróximadamente
lo que yo cobro de sueldo,
y dígame usted ahora
si no debo decir: ¡Juego!

Nuevo sistema



1 — ¡eme el pulpo ese. ¡Qué grande es!
— Sí, señor; pero los 1 y mayores.



2 Mira qué pulpo vivo traigo.

— ¿Y para qué es eso?

— Como hoy vendrán todos los empleados de la casa á dar-
me la enhorabuena por el ascenso y ya sabes lo enemigo que
soy de dar la mano á nadie, se me ha ocurrido una idea...

La imbecilidad notoria
es la de que estando cierto
de que no puede tocarme

ni el más mínimo reintegro...
voy á pasarme unas Pascuas
¡¡de m'alegro verte bueno!!

EL DOCTOR CENTENO.

LA FINURA DEL TIO CLAVEYINO

Los ruidos no cesaban.

Eran unos golpecitos suaves y acompasados que
tenían preocupado á Toño y asustada á Teresa.

Empezaban á sonar á punto de ánimas, cuando
marido y mujer, sentados al amor del fuego, que
ardía en la chimenea, descansaban de las fatigas
del día.

Ni el agua bendita, ni los responsos por las ánimas
del Purgatorio, ni los rezos á San Pascual
Bailon daban resultado, y ya Toño y Teresa per-
dían la esperanza cuando una vecina, enterada del
suceso, les aconsejó que llamasen á una gitana
vieja, maestra en brujerías y en algunas otras co-
sas que no son del caso.

Nuevo sistema



3. —Trae todos los guantes que tengas.
—¡Abí van!



4. —Enhorabuena por el ascenso, don Camilo!
—¡Gracias, señores!

Celebrado consejo por el matrimonio, se aprobó la proposición y la tía Volaora fué consultada.

Enteróse del asunto, y quedó convenido que aquella noche, en punto de las doce, iría á evocar la sombra del difunto, porque fijamente era un difunto el que daba los golpes, y venía, sin duda, á que le arreglaran algun asunto que quedó pendiente cuando dejó esta vida.

Y, en efecto, á la hora convenida presentóse la gitana y procedió á ordenar los preparativos de la evocación, que se reducían á un vaso de cristal estríado, casi lleno de agua, en la que sobrenadaban unos tallos de romero, y un candil, cuya luz daba de lleno en el vaso, y todo ello colocado sobre una mesa ante la cual se sentaron Toño y Teresa.

La tía Volaora murmuraba palabras incomprensibles, haciendo horribles gestos y entregándose

después á un furioso bailoteo que llenó de pavor á los consultantes.

—Mirad atentamente les dijo, mirad al vaso y en él vereis la figura del que da los golpes.

—Me parece que veo un gitano con un burro dijo Toño, después de algunos momentos de observación.

—¿Te acuerdas de algo en que intervengan un burro y un gitano? interrumpió la tía Volaora.

Como no sea — contestó Toño — un trato que tuve con el tío Claveyino poco antes de que se muriera, no me acuerdo de otra cosa; por cierto que el tío Claveyino dijo que le había engañado.

La hija, hijo, la hija — afirmó la gitana; es el tío Claveyino que viene á pedirte los daños y perjuicios.

—¿Y es él quien da los porrazos? — preguntó Teresa.

—Sin duda — afirmó la gitana.

—¿Y qué será menester para que deje el entretenimiento? — volvió á preguntar Teresa.

La tía Volaora repitió sus murmullos, fingiendo hallarse completamente abstraída, y á poco rato dijo:

—El tío Claveyino necesita varias cosas, que yo le enviaré en cuanto me entregéis tres duros.

—¡Tres duros! — exclamó Toño —; pero ¡si el burro no valía cincuenta reales, poniendo al tío Claveyino encima!

Tira y alloja, y con la intervención de Teresa se convino en que el asunto quedaría arreglado entregando á la tía Volaora dos pesetas.

Con ellas en el bolsillo, se fué la tía Volaora, dejando muy convencidos á los esposos de que los ruidos no volverían á inquietarles.

A la noche siguiente esperaron llenos de impaciencia la hora en que el tío Claveyino venía á visitarles.

Lentas y solemnes sonaron las ocho. Las campanas lanzaron el repique de ánimas, que, como un acorde de gemidos, turbó el silencio de la noche, y al extinguirse el sonido de la última campanada, con la pausa y el compás acostumbrados, sonaron los golpes en la tiznada pared de la chimenea.

—¡Nos ha engañado la gitana! — gritó Teresa.

Toño no dijo una palabra; cogió un garrote y se lanzó á la calle.

Llegó á la puerta de la tía Volaora, la encontró cerrada y llamó furiosamente, amenazando echarla abajo.

La gitana preguntó desde dentro:

—¿Quién es el bárbaro que llama de ese modo?

—¡Yo! — contestó Toño.

—¿Y qué es lo que quieres?
—Decirle á usted que siguen los golpes.
—¡Pues claro, hombre, pues claro!
—contestó la gitana.—¿No han de seguir? ¡S: es que el difunto viene á darte las gracias!

Toño encontró muy racional aquella explicación; pero al marcharse dijo á la tía Volaora:

—Eso será; pero haga usted el favor de decirle que se deje de cumplimientos.

J. AMBROSIO PEREZ.

Al futuro obispo del Muni

Perdone su ilustrísima que yo le dé un consejo: conozco mucho el Muni y dígame que es bueno; las tierras son muy fértiles, azul siempre está el cielo, suele sudarse un poco, ilustre señor, pero, como que su trabajo no peca de molesto, mientras los labradores sudan hasta los huesos, usía estará gozando de un agradable fresco; las chicas son morenas y de un moreno denso y huelen un poquito y no es olor de incienso; pero en acostumbrándose también se encuentran buenos aquellos brazos suaves, aquellos tiernos pechos, aquellas piernas ágiles y aquellos rostros negros; en fin, señor obispo, todo es cuestión de tiempo y encontrará agradable del Muni el sexo bello, aunque al principio crea que es demasiado teo.

Cordial le felicito por ese nombramiento; ¡también con mucho gusto tomara yo ese puesto! Y voy, dejando preámbulos, á darle mi consejo:

Procure no estar gordo, que no lo vean grasiento, no exalte el apetito de aquellos fieles negros, porque si ven á usía gordo, rollizo y fresco, sin respetar la mitra ni los demás arreos, haránlo comestible, y servirá de almuerzo á las piadosas negras y á los piadosos negros.

J. A. P.

LOS DOS SECRETOS

—¿Estás pronto, Freddy?

—Estoy pronto, John.

Los que así hablaban eran dos ancianos extraordinariamente pálidos, de faz marchita y ojos hundidos.

Hablaban cara á cara, dilatándose sus barbas grises con extrañas sonrisas. La llama de una gran lámpara les alumbraba. John tenía en sus manos un tubo de pesado acero, una pequeña jeringa. Federico extendía su brazo desnudo. En torno de ellos había globos, hornillos, vasos, cubetas y el esqueleto de un orangutan suspendido del techo por un collar de hierro.

John levantó su jeringa.

—Espera—dijo Freddy—; voy á escribir algunas líneas.

Y sobre la única hoja virgen de un libro cubierto

LO E SIEMPRE



Tras empujones, codazos, — y alguno que cayó, — resultó — que, siguiendo sus bromazos, — el gordo á nadie tocó

de jeroglíficos garrapateó:—“Yo, por mí mismo, me inoculo la enfermedad del sueño. Si muero, que á nadie se acuse.” Firmó, presentando despues á John su hombro desnudo. Se oyó el ligero silbido del aire comprimido. Freddy se envolvió en una capa y John exclamó:

—Dentro de dos días nuestro triunfo será completo. Freddy se apoyó en la pared silenciosamente. Sus ojos se cerraban, maquinalmente su cuerpo balanceaba como un péndulo; pero pronto quedó parado, el viejo vaciló y, lanzando un gran suspiro, cayó á los pies de John.

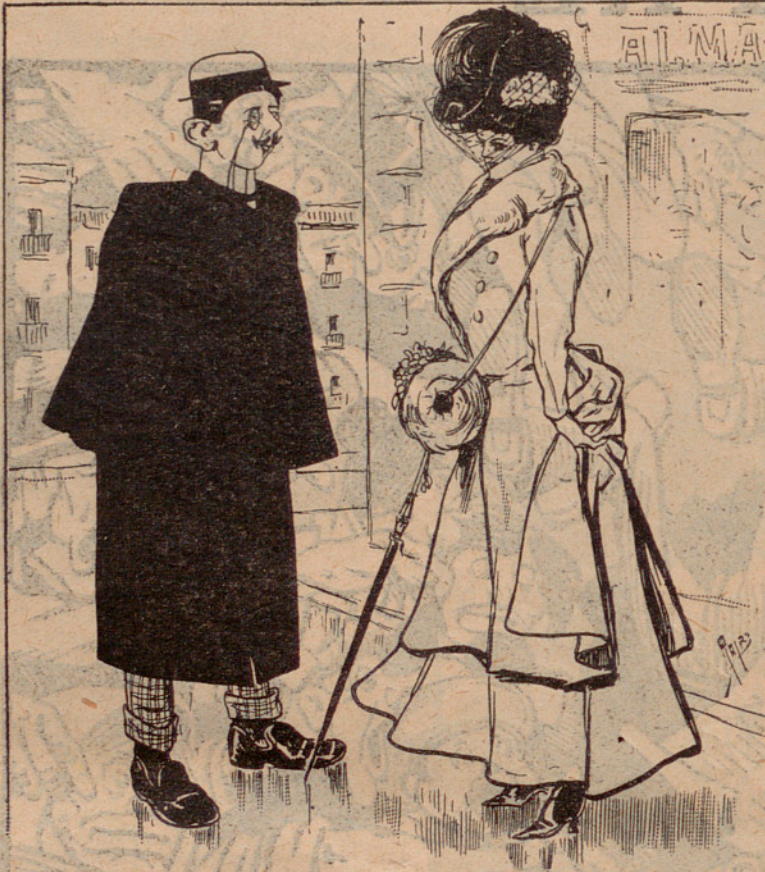
Este, sorprendido de un efecto tan rápido, condujo á su compañero á la habitación inmediata y lo acostó sobre un sofá, murmurando:

—¿Habré forzado la dosis? Esperaré dos días antes de emplear mi suero. Veremos, veremos.

Frotó sus manos secas, callosas y de uñas débiles, contempló el inmóvil cuerpo de su amigo y volvió al laboratorio. Puso en orden sobre el hornillo carbón y cápsulas en las que se veían sustancias de todos colores, agitó un fuelle gigantesco y la llama de los hornillos brilló intensamente.

**

Curiosidad



—Diga usted, Juanito ¿qué le pasa á usted hoy que huele tanto á pelotas?

—Será el impermeable.

—¡Ya decía yo!

La casa que habitaban aquellos dos hombres era un edificio viejo y ruinoso de tres pisos que se alza en un barrio casi desierto. Los pocos habitantes del barrio contaban cosas extraordinarias de aquella casa, cuyas ventanas se iluminaban con resplandores de incendio en las solitarias horas de la noche. Las siluetas que en ellas se dibujaban, altas y delgadas, traían á la mente ideas de cosas sobrenaturales y mágicas. Se afirmaba que aquellos viejos hacían oro y que amontonaban cofres de este metal repletos de sacos llenos de monedas. Un pavor sordo y supersticioso dominaba á aquellas gentes; las mujeres, sobre todo, evitaban aproximarse al edificio. No se denunciaron las sospechas que se abrigaban porque, cuál más, cuál menos de aquellos ciudadanos, todos evitaban en cuanto les era posible el entenderse con la justicia.

Había, sin embargo, un desbalijador de iglesias, Hubert Handrine, apodado *Puños de hierro*, que preparaba tiempo hacía una excursión nocturna á aquella casa y que creía que este sería el más hermoso golpe entre los muchos que había realizado.

John y Freddy acostumbraban salir al oscurecer para comprar las provisiones y los útiles que necesitaban. Los que les habían encontrado aseguraban que parecían dos hechiceros diabólicos, y los que conocían los proyectos de *Puños de hierro* le auguraban el peor resultado.

John Billy era un hombre casi ilustre al lado allá del Océano por sus descubrimientos de ingenios militares, y su aislamiento y su destierro voluntarios habían impedido que se conociesen sus investi-

gaciones sobre cierto fluido detonante que debía aniquilar en el porvenir todas las prevenciones estratégicas de las batallas.

Verdaderamente John Billy ¿no estaba un poco desequilibrado? ¿Cómo habría dominado al viejo crapuloso Freddy Maygers, condenado dieciocho veces por robo, si no hubiese tenido ese ascendiente especial de los locos? Ello es que Freddy le seguía con la constancia de un perro fiel... Ahora aquél dormía en la sala desocupada, en tanto que él, John, tostado por las llamas infernales de sus hornillos, preparaba el explosivo que había de coronar su gloria.

Tres veces había experimentado su suero sobre Federico, sin que éste padeciera ni dejase de manifestar una tranquilidad absoluta. ¿Estaba cierto de los resultados? ¿Hacia un negocio con la vida de Federico?... Misterio. Entonces solo experimentaba temor por sus descubrimientos, y cuando por este temor se hallaba preocupado oyó que llamaban á su puerta. Hizo lo posible por recobrar su aspecto sereno para abrir; y, al hacerlo, se encontró en presencia de cuatro agentes de policía y un comisario que entraron tumultuosamente. Les seguía un hombre condecorado, que parecía un oficial superior de justicia y era un médico.

Al pronto John no pronunció ni una palabra; dejó invadir su habitación como si esperase esta visita. No rehuyó tampoco una conferencia con el señor condecorado,

que le dió cuenta de su profesión y de su título de médico forense. Habló de ciencia á este hombre que le exigió sus títulos antes de oírle. En tanto un agente apercibió el cuerpo de Freddy y gritó:

—El cadáver está ahí. ¡Detengamos al asesino!

John sonrió.

—Señores—dijo—, estamos en mi laboratorio; si yo abandono por un solo momento mis hornillos caeréis como heridos por el rayo.

El comisario mandó que se buscara un ataúd mientras que dos agentes vigilarían los alrededores de la casa. Fué obedecido. El médico declaró que el viejo le parecía loco; pero aconsejó esperar á la mañana siguiente para proceder al arresto.

Sobre el cuerpo de Freddy no se observó señal alguna de violencia. Su muerte parecía natural. Fué colocado en un ataúd y John quedó solo al lado del cadáver.

—Todavía tengo seis horas—murmuró.

Cargó hasta la boca sus hornillos, mezcló líquidos en ebullición, aproximó tres tubos que lanzaban vapores, dándoles salida al mismo recipiente, y después se aproximó al cadáver, examinándolo detenidamente:

—¡Diablo!... ¡Diablo!...—murmuró.

Después picó el brazo rígido de Freddy, inyectándole un agua amarillenta con la ayuda de un jeringa. Volvió después al laboratorio, examinó con satisfacción sus aparatos y, dejándose caer en un viejo sillón gótico, se quedó dormido.

Se oía sólo el rumor del fuego; después parecía

que golpes tímidos y regulares herían la pared de la cámara fúnebre. Esto duró una hora... Repentinamente el estuco se desprendió de la pared, apareció un agujero y por él penetró un hombre en la habitación.

Era *Puños de hierro*. Paróse, espantado, ante el atadú, rodeado de cirios; pero se rehizo por el temor de aparecer cobarde ante un ganapán de cabellos rojos que le acompañaba.

—La cosa será más fácil—dijo—; éste por lo menos, no ha de interrumpirnos.

Su compañero temblaba, á pesar de estas tranquilizadoras palabras.

Se dirigieron á la caja y *Puños de hierro* trató de hacer saltar la tapa, valiéndose de un puñal que sacó de su cintura.

Y en tal ocupacion se hallaba cuando su compañero lanzó un grito de espanto.

Volvió la cabeza *Puños de hierro* y quedó inmóvil de terror.

El muerto se había levantado, y, llevando en la mano uno de los cirios que le alumbraban, se dirigió á ellos; que, enloquecidos por el miedo, se refugiaron en el rincón más apartado...

En tanto acudía John, despertado por el ruido, y al ver á Federico gritaba con entusiasmo:

—¡El triunfo! ¡El triunfo!

En la escalera sonaban pasos regulares.

—¡Abrid en nombre de la ley!—dijo una voz, acobardando de aterrar á los bandidos.

En tanto se sentía en la habitación un olor acre y desagradable, flotaba en la atmósfera un gas que irritaba la garganta, John gritó:

—¡Salvémonos! ¡Salvémonos!

Todos corrieron á la puerta; pero allí estaban los agentes para impedir la salida.

—¡Dejadnos pasar!—gritaba John.

Y como no obtuviera respuesta, dijo:
—Dos grandes secretos mueren conmigo.
El gas flotante se hacía visible; primero amarillento, despues violado... Una terrible detonacion puso fin á la escena, y las paredes cayeron como si fuesen naipes.

JORGE CASELLA.



Hoy quedará decidido quién es el dueño del piano que El Diluvio generoso ofreció como aguinaldo.

Cuando el premio gordo salga sabremos quién es el amo, y él podrá decir soberbio, retorciéndose el mostacho.

—Ese piano no lo toca nadie más que este cristiano.

—Yo (he de decir la verdad) he de ver con mucho agrado que le toque á Romanones, porque, teniendo un piano, dejaría ya el violon, pues que resulta muy largo el concierto que con él á todos nos está dando.

Tambien pudiera tocarle al marqués de Marianao para que así acompañara á cualquier concejal cándido,

El libro amarillo



Guillermo: ¡Qué libro, ni qué melones! La mejor razon es mi sable.

de esos que andan hace tiempo viendo á ver si tocan algo.

O al duque de N. P. U., que no haría tanto el ganso y podría intervenir con instrumento afinado en el concierto europeo... Mas, ¡qué demonio! no hagamos cábalas, pues que muy pronto la suerte ha de dar su fallo.

Y entonces sí que habrá muchos que tocarán ¡cielo santo!, al saber su mala estrella, el cielo con ambas manos.

¡¡El despioorren!!!

Montero Ríos no paga la debida contribucion por su finca *Los Placeres*. Así lo ha demostrado Soriano en el Congreso.

Los marqueses de Cerralbo, de la Laguna, de Larios, de Linares y de la Puente, los duques de Tamares, de Bailén, de Montellano y de Denia y la condesa de Sástago no pagan por sus suntuosos palacios lo que una miserable casa de vecindad. Así lo denunció Nougués en el Congreso.

Y despues... ¡ahí tienen ustedes lo del marqués de Cayo del Rey!

Despues de eso...

Señores, ¡quién estuviera en plena revolucion y el cartel se repitiera: "Pena de muerte al ladron,"!

Entre tanto, en Murcia las pocas amas de cría que quedan en la Casa de Misericordia no cobran y la mortalidad de niños aumenta; los maestros de escuela de aquella provincia no cobran hace ocho meses; en Andalucía el hambre aumenta y los campesinos se mueren de hambre...

¡Y aun andan por esos mundos hombres que se llaman liberales y demócratas y avanzados, y, sin embargo, invocan la sensatez, la prudencia, la seriedad!...

¡Imbécil seriedad! ¡El que se muere de hambre merece morirse de hambre, indudablemente!

La resignacion es una virtud que inventaron los antecesores de esos títulos que defraudan á la Hacienda.

¡Ah! Y ustedes perdonen que ahora no les haga reir.

Hay cosas á las que, por más vueltas que se les dé, no se les encuentra la punta.

Verdad es que con esta punta nos ocurre á nosotros lo que al del cuento.

La tenemos dentro.

UN MORALISTA

—Hay cosas en España que son escandalosas.

La Lotería misma es una de esas cosas.

Haciéndola el Estado, á comprender no llego cómo él, que pone timba,

luego persigue el juego.

¡Está bien! ¡Es gracioso!

¡Es notable! ¡Es bonito!

¡Hay cosas que sublevan!

¡¡Caso más inaudito!!

Se abandona el trabajo más y más cada dia;

en cambio se fomenta la odiosa Lotería.

Para regenerarnos nadie realiza planes.

Así es que es esta España un país de holgazanes.

¡Estas cosas que pasan son tan escandalosas que me ahoga la rabia pensando en estas cosas!

.....

—¡Señor, la lista grande!
—¡La lista? ¡Dame una!
A ver si se ha acordado

Místicas



(¡Y cómo nos hemos de ver para sacar alguna perral)



¡Adelante! ¡No se detengan! ¡Esta y la otra!...

hoy de mí la fortuna.
Si hubiera Dios querido,
si la Virgen quisiera

que me hubiera tocado
el segundo siquiera...
en papel del Estado
lo voy todo á gastar
y el hijo de mi madre...
¡¡no vuelve á trabajar!!

Místicas



Ahora que retiran las otras... Nuevas maquinillas para despachar bulas, escapularios, bendiciones, etc.



—Eso de las obleitas... ¿Y por qué no darán sandwiches que sería más positivo?...

RODRIGO SORIANO.

Su gran popularidad es merecida. Lucha contra todos los Gobiernos y se burla de todas las presidencias. Está solo en el Congreso y fuera de allí tiene muchísima gente, todos los españoles que pagan, y entre los cuales da pena verse incluido.

Ha sido excomulgado tres ó cuatro veces por sus amigos; pero teme al hisopo unionista menos aún que al sable tradicional y venerado. No promete la revolución y es capaz de hacerla, con sus intrépidos valencianos, tan poco aceptos á los ojos divinos como á los de Nozaleda.

Matará á Moret. No sé cómo, pero le herirá ciertamente ó le hará intolerable la vida. Y ha de amargar todavía la existencia de esos otros ministros á quienes Salmeron deleita con su antigua y esplendente oratoria.

Es un diario sin igual
el *Diario Universal*.

Se extraña de que, suspendidas las garantías, se permita decir á EL DILUVIO las cosas que dice.

¡Caramba! Este *Diario* es notabilísimo.

¡Las cosas que dice EL DILUVIO!

Pues lo que él no sabe es lo que no decimos por mor de eso de las garantías.

Seríamos capaces hasta de llamar sabio á Argente é integérrimo á Romanones.

¡Pero cualquiera se atreve á hacer esas afirmaciones con las garantías suspendidas...!

A un senador vitalicio
á la picota ha llevado
Soriano, por el mal vicio
de comer estampillado.

Y la gente popular,
la gente de buena fe,
¡poquito que va á gozar!
Rodrigo, ¡chóquela usted!

¡Por fin el día llegó!
¡Hágase justicia sin
compasion, que ya cayó
un... cayó de esos ¡por fin!
De aplaudir no he de dejar.
En mi aplauso no desmayo,
pues no me quiero *cayar*,
aunque se trate de un... *cayo*.

El marqués de Cayo del Rey ha empleado contra Soriano un decisivo argumento.
Y ahora ya sabemos todos que el asunto del estampillado no constituye un delito.

Sea como quiera, el baron de Albi ha hecho pro-sélitos. Los ofendidos ya no recurren á la espada, sino que se limitan á emplear el palo... con grave perjuicio para los sombreros.

Porque Soriano le ha pisado un *cayo* á ese... marqués de *Cayo*, el *cayito* mayor ha agradido al valiente diputado.

Por lo visto, se propone que también á él le patee algun apellido.

Suponiendo que el bebé esté emparentado con la familia Tripas.

—Y ¿quién es ese bebé?

—Es un joven ignorado.

—¡Es natural! ¿No ve usted que ha estado siempre enrollado, sin mover brazo ni pie, en papel estampillado?

En pleno Congreso han demostrado á Montero Ríos que no paga contribucion por sus fincas de Pontevedra y no hace mucho se probó también que Romanones usaba cédula de á peseta...

Pues á pesar de todo esto, el duque de Bivona trae mandato expreso de Madrid de *moralizar* á Barcelona.

Suponemos que no querrá ponernos por modelo á los dos personajes citados.

El lugar del suceso fué el "Palais de Cristal". Un arrogante, tieso y guapo concejal se acerca á una... señora que tiene algun cartel, la mima, la enamora, cual lo sabe hacer él, y la socia, enfadada, le pega un empujon, le da una bofetada, luego otro bofeton.... El la sujeta un brazo; mas ella, varonil, le atiza un arañazo... ¡¡Pobre honor concejall!

Al fin la Conferencia internacional se celebrará en Algeciras. El Gobierno quería reunir la en las Vistillas; pero las potencias temen á nuestros diplomáticos y deciden juntarse á la vista de Gibraltar. De este modo podrán aprender algo de los ingleses.

Se dice, señor alcalde, que el señor Fabra y Ledesma pretende ser asesor de usted. Si la cosa es cierta, manifieste al señor Fabra que usted lleva bien las riendas y va solo en el pescante, como tiene dadas pruebas,

sin meterse en ningun fache ni sibir á las aceras, no fuera que usted volcara de ridícula manera, cual le sucede al cochero si el lacayo le aconseja.



CONCURSO EXTRAORDINARIO

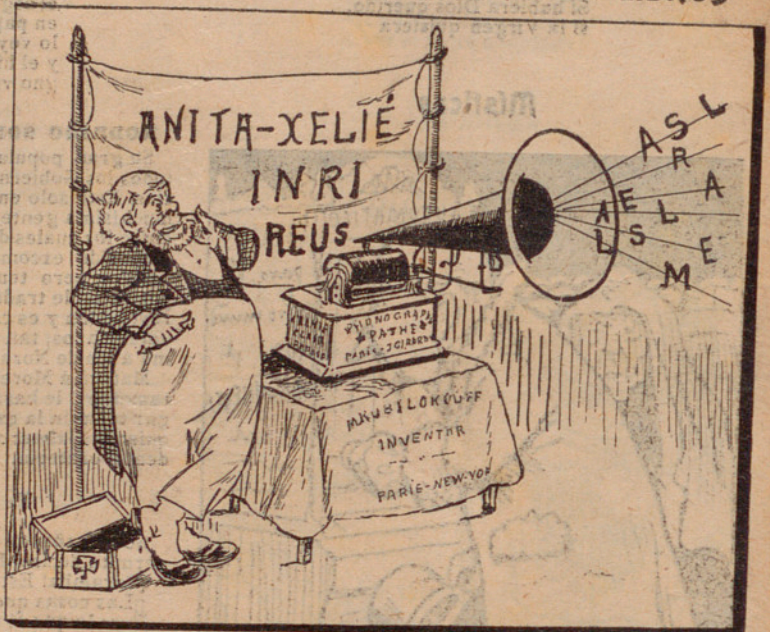
Desearos de dar todo género de garantías á los que opten el magnífico piano que ofrecemos como premio del primero de nuestros concursos extraordinarios, entregamos anteayer, bajo pliego cerrado y lacrado, al notario de este Colegio don José Surribas Riera, que tiene su despacho en la calle de Vergara, número 12, 2.º, todos los talones recibidos; los talones estan convenientemente ordenados y distribuidos en partidas de quinientos para facilitar la comprobación del que resulte premiado. El señor Surribas extendió en el pliego la correspondiente diligencia de recibo y lo reservará en su poder hasta el próximo martes, día 26, á las once de la mañana, en que el propio notario procederá á su apertura en nuestras oficinas de la plaza Real. Al acto podrán concurrir cuantos lo deseen.

ANAGRAMA

(De Luisa Guarro Mas)

A total cortaba el pelo el peluquero Marcelo; y en cuanto un real cobraba una gran total compraba y el sobrante del real se lo gastaba en total.

ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



Este charlatan se dedica, con el auxilio de un fonógrafo, para mejor atraer bobalicones, á la venta de un específico que dice cura rápidamente una enfermedad de moda. El fonógrafo toca una composición muy conocida. Se desea saber lo que vende, la enfermedad de que se trata y la pieza musical que el fonógrafo reproduce. Para averiguarlo basta combinar las letras del anuncio y las que salen del fonógrafo.

CHARADAS

(De Francisco Masjuan Prats)

Dedicada á la señorita Luisa Guarro Mas.

Una, dos, tres;
una, dos,
dos, tres.

(De Paulina Moltó)
Prima letra,
dos preposición;
tercia letra;
todo, poblacion.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 9 de Diciembre)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

1. -Vino sacado, hay que beberlo.— 2. Hombre prevenido vale por dos.— 3. Haz favores que te los pagarán á coces.— 4. A palabras necias, oídos sordos.— 5. La ocasion la pintan calva.— 6. Vivir para ver.

AL PROBLEMA ARITMÉTICO

24 monedas de á duro y
199 monedas de á dos pesetas

A LAS CHARADAS

El ajo
Mascaron

A LA CARTA CHARADA

Veracruz

A LA CHARADA COMPRIMIDA

Abarquillada

SUPLEMENTO ILUSTRADO

A LA SEGUIDILLA LOGOGRIFA

Pescador soy, señora,
que en las riberas
tiendo al amor las redes
para que muera.
Pero es el cuento
que, trocadas las suertes,
caigo yo dentro.

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: José B. Mañent, Pedro Riquelme y José Pastélls; entre ellos se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A la seguidilla logogrifa: Isabel Puig, Rosa Torrens,

Maria Sistachs, Emilia Jaime, Teresa Partagás, Isabel Montserrat, José Pastélls, José Fernandez y M. Bcrdas.

Al problema aritmético: Paulina Moltó, Teresa Partagás, Josefa Medina, Telesforo Macipe, José Pastélls, José Fernandez, Jaime Franci, Esteban Salomó, Juan García, Joaquín Banús, José Prunés, Ramón Sistachs y Pedro Sésat y Viñas.

A la segunda charada: Josefa Medina, Isabel Puig, Rosa Torrens, Emilia Jaime, Teresa Partagás, Isabel Montserrat, José Pastélls, José Fernandez, Jaime Franci y Tomás Pedrerol.

A la carta charada: Teresa Partagás, Isabel Puig, Rosa Torrens, José Pastélls, José Fernandez y Antonio Clapés.

A la charada comprimida: Josefa Medina, Maria Sistachs y José Pastélls.

CONCURSO n.º 11.--El kanguro y los niños



¿Cómo se las compondrá usted para que, sin cortar el grabado, aparezca el kanguro en su forma natural, y de esos cinco chicos solo dos sean visibles?

Se otorgará un premio de cincuenta pesetas, las cuales serán distribuidas por partes iguales entre los que envíen la solución, caso de ser dos ó más, y si es solo uno, á él le será adjudicada la expresada suma. Las soluciones, para que den derecho al premio, han de ser rigurosamente iguales á la que insertaremos en el número correspondiente al día 13 de Enero, en que se dará cuenta del resultado del concurso. El día 8 terminará el plazo para admisión de soluciones, que deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

ANUNCIOS

LETRAS RECORTADAS
EN PAPEL ENGOMADO

BLANCO, NEGRO Ó COLORES.

IMPRENTA LUIS TASSO.

Arco del Teatro, 21 y 23, Barcelona

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Los que entienden sus intereses y conocen la riquísima Agua de Colonia de Orive, la compran por garrafones de 4 litros y les sale el litro á 4 ptas. Y de balde el garrafon, que vale 2 ptas. Si no se encuentra en los depósitos, la manda su autor desde Bilbao, franco todo gasto, remitiéndole 16 ptas.

GRASA SUPERIOR
para
CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudellers Blancs, 3 bis. bajo.



- Señor, es lo que yo digo:
¿á un nombramiento aspirar
y reducido quedar
á mendigo?